

Juan XXIII
un campesino
en el vaticano

Fernando Sánchez-Costa



Directora de la colección: M.^a Mercedes Álvarez

© 2013, Fernando Sánchez-Costa y Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: Age Fotostock, AISA, Album, Corbis/CordonPress

Primera edición: octubre de 2013

ISBN: 978-84-218-5358-0

Depósito legal: B-16248-2013

Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A la sombra de los Alpes

No eligió Angelo el mejor día para nacer. Aquel 25 de noviembre de 1881 soplaba un viento frío procedente de los Alpes y llovía con fuerza en el norte de Italia. La cortina de agua que caía impedía divisar los campos y las casas de los alrededores. No era posible descansar la mirada en los bosques, los montes y las viñas que rodeaban Sotto il Monte, el pequeño pueblo de campesinos donde vivía la familia Roncalli. Diluviaba en aquella población situada en el norte de Italia, no lejos de los Alpes; los animales buscaban refugio al amparo de los árboles y bajo los techados de las granjas. Sin embargo, ese día oscuro traía presagios de luz para la familia Roncalli: iba a nacer el pequeño Angelo, que años más tarde se convertiría en el papa Juan XXIII.

Su padre, Giovanni, esperaba ansioso el nacimiento. Con su mujer, Marianna, tenía ya tres hijos; mejor dicho, tres hijas. Entonces no existían las ecografías y los niños no nacían en los hospitales. Así, mientras el viento soplaba recio en el exterior, Marianna se encontraba en una habitación de la casa, sumida en los dolores del parto y con la incertidumbre de si su cuarto hijo sería otra niña. Giovanni, conversaba con el tío Zaverio:

—Pido a Dios que sea un niño —afirmaba nervioso—. Necesitamos un varón para que ayude a la familia en las tareas del campo. Un chico fuerte, que pueda segar con brío y transportar maderas.

—Confiemos en la Providencia —repetía una y otra vez el tío Zaverio, un hombre culto y religioso—. Dios sabrá lo que es mejor para todos.

—¡Ojalá sepa que lo mejor es un niño! —insistía Giovanni mientras el tío Zaverio reía sin poder disimular tampoco su inquietud.

Finalmente, el bebé vio la luz. Era un niño, un hermoso bebé. El padre y el tío no podían contener su alegría. También la madre, tras los esfuerzos del parto, sonreía aliviada. El niño sollozaba, recién arrojado al mundo de la vida.

—¿Qué será de él? —se preguntaba en voz alta la madre, que lo miraba embelesada con esos ojos de afecto infinito exclusivos de un corazón materno.

—Cada niño es un misterio —respondió con gravedad el tío Zaverio—. Cada recién nacido es una promesa. Puede serlo todo y puede no ser nada. Puede ser campesino, profesor, militar, sacerdote. Puede llegar a ser un santo o un malvado. Este es el misterio de los niños. Todo en ellos es posibilidad y promesa.

—Será un buen campesino —apostilló Giovanni, orgulloso de tener en brazos a su cuarto hijo.

—Es lo más lógico —añadió el tío Zaverio—. Procuremos, entonces, que sea un campesino santo.

Siguiendo la tradición de la época Angelo Roncalli fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Así, el 25 de noviembre de 1881 nació a la vida del mundo y a la vida

de la fe. Él, naturalmente, no se dio cuenta ni de una cosa ni de la otra; vivía en esa feliz inconsciencia propia de los bebés. Tenía toda la vida por delante. ¿Quién le iba a decir que viviría dos guerras terribles, que se ordenaría sacerdote, que salvaría la vida de miles de judíos, que sería embajador, obispo y, finalmente, uno de los Papas más queridos de la historia?

Y el pequeño estaba ajeno a todo: dormía, sonreía, movía sus manos diminutas, gimoteaba, lloraba, mamaba, jugaba... Era un bebé como tantos otros, como todos. El pequeño Angelo deseaba únicamente comer y dormir. De hecho, ambas cosas le gustaron mucho durante toda la vida. Su alma siempre fue la de un niño; quizá por eso dormía sin problemas, a veces, incluso, en lugares inapropiados, como en las clases. En sus primeros años de seminario, Angelo dedicaría el tiempo de recreo posterior a la comida a dormir una buena siesta.

Ahora, sin embargo, el recién nacido empezaba a abrir sus ojos a la vida. A su alrededor podía distinguir una gran casa, en la que vivían su padre Giovanni y su madre Mariana, junto a sus tres hijas. La casa era heredada; grande pero austera. El trabajo del padre no permitía una vida de lujos; no había refinamientos en el hogar. Compartían la planta baja personas y animales, por los cuales Angelo siempre sintió afecto. Pero el hogar familiar no solo estaba ocupado por su familia inmediata, que iría creciendo con el tiempo. En la misma casa vivía un primo de su padre, llamado Luis, junto a su mujer y sus hijos. Y también vivía con ellos el tío Zaverio, que desempeñó un importante papel en la formación del pequeño Angelo. Soltero, culto y piadoso,

Zaverio era el verdadero patriarca de la comunidad familiar. Él llevaba el timón de la gran familia; desde muy temprano se hizo cargo de Angelo, al que trataba como a un hijo.

Giovanni, el padre del pequeño, trabajaba en el campo. Cultivaba unos terrenos alquilados a una familia nobiliaria de Bérgamo, la ciudad más cercana a Sotto il Monte. El cultivo de la uva, la vid, era la especialidad de la región. Por su parte, las mujeres compaginaban sus labores en el hogar con la crianza de gusanos de seda. En la zona había muchas moreras, de modo que la fabricación de seda era una de las actividades principales de la población. Cuando no había escuela, los niños ayudaban en los trabajos campesinos. No eran ricos ni disfrutaban de comodidades, pero tenían el campo como patio. La naturaleza era su ambiente. Sus amigos eran los perros. El Sol y la Luna eran sus lámparas. Su vida era sencilla. También lo eran sus juegos.

El pequeño Angelo nunca olvidó sus orígenes humildes y campesinos. Cuando, a lo largo de la vida, le tocó sentarse entre personajes de la alta sociedad, diplomáticos y políticos, a menudo recordaba la sencilla luminosidad de los campos de su infancia. Y así intentó actuar siempre, entre obreros y entre diplomáticos, como sacerdote y como Papa: con la naturalidad, la sencillez y la alegría de su sobria vida campesina. No se avergonzó nunca de su modesto origen.

Muchos años más tarde, cuando ocupaba el cargo de nuncio en París —es decir, de representante y embajador del Papa—, le correspondió presidir una ceremonia reli-

giosa en el pequeño pueblo de Fleury-sur-Loire. El alcalde, que era comunista, asistió a la ceremonia y se vio en la obligación de dirigir unas palabras al enviado del Papa. No resultaron especialmente brillantes.

—Es un placer, quiero decir, es un honor, recibir al representante del Papa de Roma, venido de tan lejos. Estamos muy contentos por su visita a nuestro pueblo —siguió perorando, repitiendo continuamente la misma idea y embarrullándose con sus propias palabras.

—Señor alcalde —lo interrumpió Angelo Roncalli para ayudarlo a salir del trance retórico en el que se estaba metiendo—, el placer es mío. Es un gran honor que un hijo del campo, elegido por los votantes para dirigir su comunidad, me dé la bienvenida.

—Gracias, Santo Padre —continuó el alcalde, confundiendo al nuncio con el Papa—. Disculpe mi parloteo. No tengo experiencia en discursos; soy un simple campesino.

—No se lamente por mí —apostilló Roncalli con su habitual tono sencillo y campechano—. Quizá ni usted ni los amables vecinos que se han congregado para este acto saben que, bajo esta sotana tan elegante y adornada, vive y respira un campesino.

El pueblo quedó estupefacto. El arzobispo que tenían delante no procedía de la alta nobleza ni era un hombre de gesto adusto y envarado. Aquel obispo, aquel representante del Papa, aquel prelado que despachaba con el presidente de la República francesa, que hablaba a menudo con figuras del mundo de la diplomacia y de la política, era, como ellos, un campesino. «¡Es uno de los nuestros!», pensaron todos.

Y este fue el secreto de la popularidad de Angelo Roncalli durante toda su vida. La gente lo consideró siempre como uno de los suyos. Procuró sintonizar con las personas que tenía alrededor: acercarse, no distanciarse; rebajarse, no ensalzarse; vibrar al ritmo del corazón de los demás; mirarlos no solo como un padre o un Santo Padre, sino con el cariño de una santa madre. Este era su método. No era una estrategia puntillosamente diseñada; le salía de dentro, de su bondad natural. Lo había aprendido en las cartas de san Pablo y había recibido esta gracia del cielo.

—Entonces —proclamó el alcalde, ahora ya mucho más distendido—, usted es uno de los nuestros. ¡Bienvenido a casa, señor nuncio!

—Gracias por su hospitalidad —contestó con jovialidad Roncalli—. La persona que les habla, en su vestimenta de representante del Papa, se alegra y se enorgullece de ser también hijo de un hombre humilde, pero trabajador fuerte y honesto. Podemos, pues, darnos la mano y agradecer a Dios lo que somos y representamos.

Estos hechos ocurrirían en el año 1945, sesenta y cuatro años después de su nacimiento aquel día ventoso y desapacible en las estribaciones de los Alpes, en Sotto il Monte. El pueblo y los paisajes de su infancia ocuparían siempre un lugar privilegiado en el corazón de Angelo. A lo largo de su vida, siempre que podía, procuraba pasar un mes de verano en el pueblecito que lo vio nacer. Su sed de Dios quedaba algo saciada con aquellos horizontes infinitos. La libertad de su alma se sentía mecida por la brisa campestre. Su sencillez interior conectaba con la bella simplicidad de los pájaros y las flores. Y su bondad podía ver-

terse en aquellas personas rudas pero honestas, entre las que se había forjado su vocación y se había cimentado su personalidad.

Una familia numerosa y hospitalaria



Angelo fue el cuarto hijo de Giovanni y Marianna, pero no sería el último. Al contrario, acabó siendo de los mayores. El matrimonio tuvo trece hijos y todos llegaron a la madurez. Ninguno murió en la infancia, como era habitual en la época.

El otro matrimonio que vivía en la casa —el formado por el primo de su padre y su mujer— tuvo también una familia muy numerosa. En total, vivían bajo un mismo techo treinta y tres personas, a las que había que alimentar diariamente. Muchos años más tarde, al ejercer como diplomático del Vaticano y participar en banquetes en embajadas en las que sobraba y se tiraba la mejor comida, la cabeza de Angelo volvía a sus años mozos. En su casa comían lo mismo diariamente: polenta, una especie de maíz triturado y amasado; un día y otro, el mismo plato sobre la mesa. Solo en las grandes celebraciones se podían permitir el lujo de alguna variación.

Así pues, Angelo aprendió en su familia el valor de la austeridad y de la pobreza, que siempre intentaría seguir. También conoció otra gran virtud: la hospitalidad, que consiste en acoger con afecto al pobre, al peregrino, al extraño que llega a un lugar. En la Biblia se ensalza con fre-

cuencia la hospitalidad. Se narran historias de algunos grandes patriarcas del Antiguo Testamento que acogieron en sus casas a viajeros desorientados. Al final, estos transeúntes sin techo se habían revelado como ángeles de Dios. Angelo aprendió desde niño que la Iglesia considera la hospitalidad como una gran obra de misericordia.

La familia Roncalli conocía y vivía el cristianismo. En la mesa de los Roncalli nunca faltaba espacio para acoger al desvalido que llamara a su puerta. Los hijos conocían bien la benevolencia de la madre, de la que a veces se quejaban un poco. Sentar a alguien en la mesa podía suponer comer un poco menos. Bien lo sabía la hija mayor, Teresa. En una ocasión, llegó a su casa una pareja de desastrados vagabundos. Teresa se temió lo que podía suceder. Procurando que su madre no se diera cuenta, los despidió amablemente y los envió al cura del pueblo. Pero a las madres se les escapan pocas cosas. Se enteró de lo sucedido y habló seriamente con su hija:

—Teresa, ¿por qué has rechazado a esos señores?

—Mamá —contestó Teresa compungida, pero al mismo tiempo algo orgullosa—, no eran señores. Eran dos vagabundos con un aspecto muy extraño. Oían muy mal. Les he dicho que fueran al sacerdote. Él vive solo, nosotros somos muchos y la comida no sobra...

La madre la comprendía, pero quiso dar una lección de caridad a sus hijos. Miró a su hija y le dijo con cariño:

—Teresa, nosotros tenemos un techo para protegernos de la lluvia y del frío.

—Sí, mamá, pero...

—La Iglesia nos recuerda que debemos acoger a los peregrinos y a los pobres como si fueran el mismo Jesucristo.

—Pero, mamá, ya somos muchos...

—Anda, hija, vete a buscar a esos señores y diles que les espera cena en casa. Los bañaremos, les daremos cobijo.

No eran palabras vacías. La madre no lanzaba frases bonitas al viento; hablaba en serio. En efecto, Marianna bañó a la mujer, que estaba embarazada, y pidió a Angelo que hiciera otro tanto con el hombre. Angelo ayudó a lavarlo en la bañera. Los dos, que eran gitanos, no podían estar más contentos. Pero Marianna no se limitó a asear y cobijar a los nuevos huéspedes. Decidió matar una de las pocas gallinas que tenía la familia, desplumarla y cocerla, para que los viajeros dispusieran de una buena cena. No hace falta decir que, con esta sobreabundancia de caridad, todos se quedaron un poco sorprendidos. También Giovanni quedó desconcertado. El padre de Angelo llegó a casa después de una dura jornada de trabajo. La Navidad estaba cerca.

—¡Marianna, qué olor tan magnífico! Desde la entrada del pueblo se puede oler el aroma de carne de nuestra cocina... Para una cena así, vale la pena trabajar todo el día.

—Papá —se adelantó emocionado Angelo—, mamá ha matado y desplumado una gallina.

—Entonces, hoy es un día grande. Tenemos pocas gallinas y solo las matamos por Navidad. Pero, ¿estamos ya en Navidad?

—En cierto modo, sí —terció Marianna, que acababa de aparecer en el recibidor—. Han llegado una mujer y un

hombre perdidos, y han solicitado alojamiento. Ella está embarazada y hace frío.

—Ya —dijo un poco malhumorado Giovanni—. Hemos matado la gallina para unos vagabundos que vienen de...

—¡De Bulgaria! ¡Son de Bulgaria! —apostilló Angelo, que todavía no situaba muy bien en el mapa ese país lejano, pero que estaba emocionado por hospedar en casa a personas de otras tierras.

—¿Y qué tienen que ver esos pobres búlgaros con la Navidad? —inquirió el padre.

—¡Ay, Giovanni, Giovanni! —apuntó Marianna haciendo un poco de teatro—. ¿No te das cuenta de que María y José también llegaron de lejos y pidieron alojamiento? Nadie se lo dio. Hoy, acogiendo a estas personas, demostramos que el nacimiento de Jesús tuvo sentido.

—¡Ah! —añadió el padre sorprendido—. Si tú lo dices...

Angelo creció, pues, en el seno de una gran familia que, con sus momentos de mayor y menor bonanza, se esforzó por dar a sus hijos el pan de cada día y el ejemplo de una vida cristiana. La persona más piadosa de la casa era el tío Zaverio, que era también el más instruido. Él se encargó de enseñar las primeras letras a Angelo, que crecía lozano y alegre. No había muchos libros en casa, así que el niño aprendió a leer y a escribir con libros piadosos, y también con la clásica novela italiana *Los novios*, de Alessandro Manzoni.

Cuando llegó el momento, Angelo fue a la pequeña escuela de Sotto il Monte. No era un niño superdotado, pero tenía una mente ágil y despierta. En una ocasión se presen-

tó en el colegio el inspector escolar del Estado, que quiso pulsar el nivel intelectual de los niños. Los alumnos estaban algo asustados ante aquel hombre tan elegantemente vestido, de rostro serio y lenguaje complicado. Habló el inspector:

—Vamos a ver. Vosotros sois chicos inteligentes, que además conocéis bien los engranajes del campo, ¿verdad?

—¡Sí, señor inspector! —contestaron todos al unísono, tal como habían ensayado durante días con el maestro del pueblo.

—Bien, así me gusta. La joven República italiana está orgullosa de vosotros —dijo el inspector con voz algo impositiva—. Sois el futuro de nuestra nación.

—Gracias, señor inspector.

—Os voy a hacer una pregunta, que seguro me responderéis muy bien. ¿Qué pesa más, un kilo de paja o un kilo de madera?

—Un kilo de madera —respondieron todos inmediatamente.

¿Todos? No, un alumno no había respondido junto a sus compañeros. Se había quedado pensativo. Y, cuando callaron los demás alumnos, antes de que el inspector pudiera dejarlos en evidencia, respondió:

—Pesan lo mismo.

—¿Perdón? —preguntó el inspector—. ¿Quién ha dicho que pesan lo mismo?

—Lo he dicho yo —respondió un niño mientras sus compañeros se reían por lo bajo pensando en su metedura de pata.

—¿Cómo te llamas?

—Angelo, señor inspector.

—¿Y por qué dices que pesan lo mismo un kilo de madera y un kilo de paja?

—Pues, bueno —contestó titubeante el pequeño Angelo—, porque un kilo es un kilo.

Rieron sus compañeros. ¿Cómo iba a pesar lo mismo la paja que la madera? Pero el inspector se quedó pensativo y, con su voz campanuda, exclamó:

—¡Bravo, Angelo, has acertado plenamente! Un kilo pesa siempre lo mismo, aunque un kilo de madera ocupe mucho menos que un kilo de paja, porque la madera, evidentemente, es más pesada.

—Gracias, señor inspector —dijo Angelo sin poder disimular su satisfacción.

Angelo iba creciendo. Era un niño bueno, bueno en el mejor sentido de la palabra. Toda la vida, Angelo quiso a los demás y siempre procuró el bien de los otros. Él contó más de una vez que no había mérito por su parte, que le salía de forma espontánea y natural. Desde siempre había sentido una intensa inclinación por querer al prójimo, por desearle lo mejor, por procurarle aquello que necesitara. Nunca tuvo un corazón de piedra. Pero eso no significa que fuera un niño melindroso. De hecho, en la familia Roncalli nunca existió la costumbre de hacer grandes manifestaciones de cariño. La austeridad también se vivía en el trato. Quizá por eso, años más tarde, cuando lo eligieron Papa, una de sus primeras decisiones fue suprimir el beso en el pie que los cardenales daban al Pontífice. Quién sabe si la aprensión que sentían en su casa

paterna por los excesivos arrullos mimosos influyó en esta tajante decisión.

Angelo era transparente y piadoso. Cada día hacía de monaguillo en la primera misa, celebrada al alba. Pero eso no significaba que fuera un ser celestial o que se comportara de forma distinta al común de los niños. Le encantaban los perros. Pero todavía le gustaba más la fruta, aunque en su casa no abundaba. Un día de verano, cuando el calor apretaba, Angelo sucumbió a una pequeña tentación que le valió una buena lección. Paseaba por el pueblo, después de comer, cuando todo el mundo seesteaba. De repente, se encontró solo ante una magnífica huerta en la que había unas sandías jugosas y apetecibles. Nadie lo veía. Ni corto ni perezoso, el pequeño Angelo entró en el huerto, tomó una sandía y se retiró a una sombra discreta para disfrutar del manjar.

No tuvo suerte en el gozo de su pequeño placer prohibido. Al cabo de pocos minutos apareció el tío Zaverio. Quizá entonces Angelo no tenía muy claro que Dios lo ve siempre todo, pero pudo experimentar que su tío era casi omnipresente y que no se le escapaba nada. Zaverio no acostumbraba a dormir la siesta. Prefería un buen paseo, solo, acompañado del trino de los pájaros y del ladrido lejano de los perros. De golpe, se topó con Angelo, que, oculto tras un árbol, disfrutaba de los primeros bocados de su golosa sandía.

—Angelo, ¿qué tienes entre las manos? —preguntó el tío inquisitivo.

—Bueno..., es una sandía fabulosa —contestó con su habitual transparencia Angelo.

—¿Y de dónde la has sacado?

—Es que hacía mucho calor y me ha entrado hambre y sed. Y en casa no tenemos sandías.

—Angelo —insistió, serio, Zaverio—. ¿De dónde la has sacado?

—De esa huerta —farfulló el niño, señalando el lugar y poniéndose colorado como la sandía.

—Mira, Angelo, lo que has hecho no está bien. Imagina que cada uno, en este pueblo, entrara donde le pareciese y tomara lo que le viniera en gana. ¿Qué pasaría si los niños del pueblo entraran en el campo de nuestra familia y se llevaran las uvas?

—Pero solo ha sido una sandía...

—No valen excusas —cortó Zaverio—. Ve al dueño y devuélvesela ahora mismo.

—Pero, ¿no puedo dejarla simplemente en el campo donde estaba?

—No. Devuélvela a su dueño. Luego, ven y tendrás tu castigo.

Eran palabras duras. En el momento en que nació Angelo, en la zona estaba muy extendida la costumbre de pegar a los niños. Sin embargo, no se trataba de una práctica habitual en la familia Roncalli, ya que el tío Zaverio había impuesto su criterio. Consideraba que se educaba mejor con palabras suaves y amistosas que con la fusta del castigo; creía que solo en casos excepcionales era conveniente una reprimenda física. Y el robo era uno de esos casos (tuvo mala suerte, el pequeño Angelo). Así que, tras devolver la sandía, el tío le hizo juntar las manos y le propinó algunos golpes en ellas, con energía, pero sin excesiva violen-

cia. A Angelo se le saltaron las lágrimas, quizá más por vergüenza que por dolor.

Pero el tío Zaverio no era un hombre brusco y despiadado. Una vez que dio su lección, tranquilizó al pequeño Angelo. El resbalón no había sido grave. Empezó a explicarle algunas historias de la vida de san Agustín, que de niño había robado algunas peras, a pesar de lo cual después llegó a ser un gran santo. Más tarde descubriría el joven Angelo que san Agustín no solo había robado fruta, sino que había cometido otros pecados bastante más notables. Y, a pesar de ello, había llegado a ser Padre de la Iglesia y santo.

Esta experiencia quedó grabada en el alma de Angelo. Su vivencia de la pobreza lo condujo, siendo sacerdote, obispo y Papa, a capitanear los derechos sociales de los más desfavorecidos. Pero, frente a los comunistas, reivindicó siempre el derecho a la propiedad privada. También en el hogar paterno y de los consejos del tío Zaverio aprendió que es mucho más eficaz la palabra que el látigo, la invitación que la coacción, la alabanza que el reproche. Siendo obispo y Papa, insistiría reiteradamente en ello. No quiso gobernar mediante condenas y amenazas, sino con palabras de aliento y ánimo. Antes que temer, prefirió confiar en los hombres.